

## Vos y yo en el futuro

Estamos vos y yo en el futuro. Ya no hay autos en la ciudad. Nada más gente que camina con los ojos cerrados y sin chocarse. De alguna manera, descubrieron cómo. Me explicás en el oído: es algo que tienen incrustado en la nuca. Y yo entiendo perfectamente porque me lo soplás así. Si me lo dijeras a la distancia no entendería nada. Hay sol, pero en un rato va a haber nubes. También es por un nuevo sistema, me contás: lo instalaron hace dos años. Pero yo no quiero saber, en verdad. Lo único que quiero es escuchar tu explicación suspirada, imaginar cómo las palabras se te pegan en la piel, en el cuello, en la mandíbula. ¿Nos sentamos en un bar?, me decís, como si fuéramos turistas en esta ciudad. Pero si esta ciudad es nuestra, te digo yo. Sí, ya sé, pero vos hace mucho que no venías. Pienso que tenés razón; ahora la ciudad me desconoce y al revés también. ¿Sí?, te pregunto, pero de nuevo por la misma razón de antes, y no para saber. No me interesa el conocimiento. Nada más quiero que nos sentemos en un bar y que me expliques al oído todo lo que pasó durante estos años.

¿Acá?, me decís. Y veo que las paredes son todas blancas y las copas, cuadradas, y entonces pienso que el lugar me da lo mismo pero te digo: Sí, es el bar perfecto. Entonces nos sentamos uno al lado del otro, mirando para afuera. Ya empieza a nublarse, ¿viste? Yo miro para arriba y veo que hay una superficie blanca y lisa en el cielo, que va avanzando como un telón. ¿Así son las nubes ahora?, te pregunto. Sí, decís, pero estás muy lejos. No te escucho, te digo, y me acerco y ahora todo tiene más sentido. Sí, repetís, todavía no le dieron textura al diseño, ¿son un poco planas, no? ¿Un poco?, te pregunto yo, y vos te reís y yo no puedo creer que haya algo en mí que tenga ese efecto sobre esta tierra.

Pedimos una cerveza. La botella que nos traen es distinta de como las recuerdo. ¿No se servía por arriba, antes?, te pregunto. Y vos me explicás que sí pero que ahora cambiaron el diseño. No me imagino qué causa pueden haber tenido para esa modificación, no entiendo la diferencia. Qué sé yo, me decís, esas cosas de los barman nuevos. Ah, te respondo, y cierro un minuto los ojos. Adentro, en la oscuridad de mis párpados, proyectados ahí, en luces azules, veo números, como en un reloj digital que va marcha atrás. Es una cuenta regresiva pero no sé para qué sirve. Abro los ojos de nuevo. Te miro. Me ves algo en la cara porque me preguntás si estoy bien. Digo que sí pero no es cierto, no sé cómo estoy. ¿Cuánto falta?, me decís. Dos horas y veinte minutos, contesto sin entender.

Pongo una mano sobre la mesa blanca. La miro. Y ahora se acerca la tuya y me tocás los dedos con tus dedos. Tu caricia me parece la única forma posible del tacto. Siento tu piel y miro tu perfecto modo de estar más viejo. ¿Pero yo dónde estoy?, te pregunto. Y te acercás mucho a mi cara. Me olés el cuello, al costado, y recién entonces me entero yo de que tengo un olor que al parecer es o fue mío. Es como el de antes pero también distinto, me decís, y yo no entiendo. ¿Pero yo dónde estoy?, te pregunto de nuevo. Shhh, me decís, tranquila. Y me das un beso en la mejilla y de nuevo te alejás y ese movimiento es exactamente la tristeza más plena que me podrías haber causado.

Agarro mi cuadrado de cristal lleno de cerveza y tomo. De fondo, adentro de mi cabeza, escucho una canción muy dulce, muy dulce. Y la empiezo a cantar con voz bajita. No me había dado cuenta de que la sabía de memoria. La canto y siento la pronunciación en la boca. Y entonces miro de nuevo para afuera. La gente pasa apurada, son muchos, miran para adentro de sus ojos; te miro a vos y me parece que estás conectado con todo eso: hay una comunidad de la que ya no formo parte. Tengo el sabor de la canción en la boca. Te miro. Estás tan lejos. No estás en mi oído. Mirás para afuera con la cerveza en la mano. Sabés algo que yo dejé de saber. Sabés cosas importantes que me tendrías que decir pero no me querés decir nada y yo me siento exhaustivamente sola.

Termino la canción y también la cerveza que está en mi vaso. Vos me mirás tomar. Tus ojos se me pegan en los dedos. ¿Qué pasa?, te pregunto. Nada, decís, siempre me asombró cómo agarrás las copas y los vasos. ¿Qué tiene?, no entiendo. Entonces vos movés tu silla más cerca y creo que los dedos se me están por abrir y que la copa se me va a caer. Es así, te acercás y me decís: tus dedos finitos, acomodados siempre perfectamente en todo el vaso, distribuidos tan bien. Yo veo cómo se te mueven los labios mientras hablás; en vez de escuchar, veo lo que pronunciás. Me pierdo ahí porque

adentro está tu lengua y me imagino que tendría que estar al lado de la mía, o arriba, o al costado, o girando juntas adentro de tu boca. ¿Hace mucho que no nos damos un beso?, te pregunto. Vos no contestás nada y yo quisiera llorar pero me da la sensación de que adentro no tengo ningún líquido.

Terminás vos tu vaso de cerveza y te levantás. ¿Vamos? Y yo no entiendo cuánto tiempo pasó hasta que cierro los ojos y veo que adentro de mis párpados la cuenta regresiva azul ya restó más de una hora y faltan menos de sesenta minutos para llegar a cero. Salimos. Miro para arriba. Ahora la superficie que avanzaba ya ocupa todo el cielo y es más oscura; una tela gris sin tonos. Siento tu mano. Me sonreís y yo quiero tu sonrisa adentro de mi sonrisa. Te veo. Estás ahí, en el medio de la gente, en el medio de la calle, en el medio de la ciudad. Pero siento que no, que no estás. O que no estoy yo. Que me removieron. ¿Nosotros estamos juntos?, te pregunto, y vos te reís de nuevo. Shhh, tranquila, me decís, me agarrás de la cintura y veo que del bolsillo sacás tu teléfono y tocás algo. Después de eso yo vuelvo a mirar para arriba y de nuevo bajo la vista a mirarte a vos: tu boca, tu sonrisa, tu mandíbula de cada lado. Quiero mirarte para siempre y ya no te pregunto más nada porque algo adentro me quedó más flojo.

¿Querés hacer algo más?, me preguntás vos. Intento definir una respuesta que me salga de la piel o de las ganas de estar cerca tuyo. Pero no puedo articular ninguna oración y te digo: lo que vos quieras. Caminemos, entonces. Y siento de nuevo que me agarrás de la mano y que vamos para adelante en la calle. ¿Te acordás cuando nos conocimos?, me preguntás. Sí, pero contame de nuevo, al oído: digo eso como si alguien lo dijera por mí. Entonces me abrazás y tus labios quedan muy cerca de mi oreja. Fue una tarde, vos estabas tan hermosa, había algo que te rodeaba, que te señalaba para mí. Me miraste y yo te miré y sonaba una canción muy dulce, muy dulce, y supe que íbamos a estar juntos. Te quedás callado. Te miro. Estás más triste ahora. ¿Cómo puede ser que algo tan lindo termine tan mal, Jaz?, me decís, y ahí vuelvo a saber mi nombre. No lo sé, Fer, te digo, y ahí vuelvo a saber el tuyo. Sacudís la cabeza. No hablemos de eso ahora, decís, y me seguís contando sobre nuestro primer beso, sobre la primera tarde juntos, sobre una vez que fuimos a una plaza y nos tiramos en el pasto. Yo sonrío e imagino las escenas: es como estar en un lugar desconocido con un fantasma de vapor.

Nos quedamos quietos en una esquina. De frente. Me agarrás la cara, queda entera entre tus manos. Estoy tan floja que no puedo pensar ni recordar nada. Veo que te acercás pero que hay algo infinitamente lejano en tu boca. Como si nunca fueras a llegar a la mía. Cierro los ojos y siento tus labios por la temperatura, tu lengua por el agua, tus dientes en la fricción. Quiero que eso dure para siempre, quiero estar en esa esquina con vos hasta que no quede ninguna superficie con que tapar el cielo. Y mientras nos besamos veo que el reloj desciende más y más rápido en mis párpados. Me separo del beso y abro los ojos. No, digo, y no sé por qué: no, que se va a acabar. No pasa nada, tranquila, me decís, y me abrazás. Cierro los ojos de nuevo. Faltan veinte minutos para llegar a cero.

Seguimos caminando y llegamos a un edificio blanco y vidriado. Vos te quedás quieto en la entrada. Yo miro la puerta y veo un cartel que dice Sempre. Las letras están grabadas sobre un espejo y me veo los ojos; no sabía que eran de ese color. Entramos, decís, y me ponés una mano abierta en la espalda. Subimos los dos al ascensor. Hay pantallas con imágenes de todas las oficinas y departamentos del edificio. Apretás una en donde se ve a una mujer vestida con uniforme blanco y empezamos a movernos hacia arriba. ¿Adónde vamos?, te pregunto. Ahora ya llegamos, me contestás, y yo siento que las rodillas más blandas del mundo son las mías y no entiendo de qué manera lo que me decís puede responder lo que te pregunté.

El ascensor se abre y nos bajamos. Detrás de un mostrador, está la mujer de uniforme. Sonríe y te saluda pero a mí ni siquiera me mira. Arriba de ella, de nuevo un espejo que dice Sempre. Doy vueltas para buscar tu cara. Hay una cosa importante que no me contaste, ¿no?, te digo. Y vos no me decís nada y me acariciás el pelo. ¿Cómo le fue hoy?, te pregunta la mujer. Todo bien, muchas gracias, decís vos. Y siento de nuevo la forma exhaustiva de mi soledad. ¿Vamos?, dice la mujer, y caminamos los tres. Yo ando ya como sin piernas, así de floja estoy, y entramos todos a una habitación con mucha luz. Hay tres cajitas blancas sobre una mesa, una al lado de la otra. La primera tiene escrito mi nombre. Jaz, dice, y está abierta. Las otras dos dicen Ana, Caro; y están cerradas. Me doy vuelta. Veo tus

mandíbulas. Tus ojos me parecen los únicos que pueden existir. Me das la mano. Tus dedos en mis dedos. Te acercás y me das un beso en la mejilla. Chau, Jaz, me decís. Yo giro y veo que la mujer prepara algo en una computadora. Vuelvo a mirarte y algo adentro se me desarma. No me dejes así, te digo. Quedate un rato, Fer, por favor. Y con las palabras me termino de ablandar del todo. Te das vuelta y te vas y me acuerdo de que una vez no sé hace cuánto te vi igual de lejos que ahora, haciendo valijas y llevándote cosas de una casa que compartíamos. Cierro los ojos y el reloj está casi en cero y entiendo que estoy a punto de saber algo muy importante. Pero escucho un click, aparece una superficie negra y, al final, todo se apaga.

Cuento publicado en *Diario Hoy Día*, Córdoba, febrero 2018.

<http://www.hoydia.com.ar/cuentos-de-verano/vos-y-yo-en-el-futuro>

Y en *Revista Próxima*, N° 37, Buenos Aires, marzo 2018.

## Moonlancholia

No hay rojo.

Hay una luna grande redonda blanca con gris como siempre redonda. Más temprano leíste que la luna iba a estar toda roja, pero desde el balcón no ves el color. Ves nada más las plantas, mezcladas.

No hay rojo. No hay ningún rojo.

Alrededor tampoco hay ninguna nube, pero llegás a pensar que hay algo raro. Que algo está mal. Te quedaste hasta tarde despierta para ver, pero ahora ya tenés sueño y la luna sigue igual que siempre. Esta hora de la noche no te gusta. Te hace acordar a un hombre del pasado.

Mirás de nuevo el cielo, pero no hay ningún rojo. No hay rojos.

La geometría se le ve perfecta a la luna blanca. La claridad sola, pura, que brilla. La superficie oscura que le hace de entorno poroso. Pensás que mejor podrías ir entrando. Pensás en tu cama, en el acolchado, en las sábanas. Ahí no hay lunas ni plantas ni el viento de esta hora de la noche.

Ni siquiera hay rojos. No hay casi nada que se parezca al rojo.

La luna sigue siendo redonda y no podría ser de ninguna otra forma en su contorno. Es tan redonda que afecta el trazo de todas las líneas rectas que existen en el universo. Y parece que alguien le inventó ese blanco que no termina de ser del todo blanco: que es gris, o nácar. La luna no te convence. Las plantas se mueven y las hojas te tocan los tobillos. Te los acarician y pensás de nuevo en entrar. Y en tu cama y en el hombre del pasado.

No hay casi nada que se parezca al rojo. No hay rojo ninguno.

Es tan redonda que no llega a ser real. No le podés calcular ningún perímetro porque ni siquiera existe esa luna, pensás, pero la estás mirando, toda blanca, no como dijeron en los diarios y en las revistas. Se estira en una dimensión que no es ni la primera ni la segunda ni la tercera ni la cuarta. Es otra. Tocás el vidrio de la puerta del balcón. Vas a volver a tu cama y a dormir.

Esta noche no te sirve porque no hay rojo ninguno. No hay ninguna forma de rojo.

Son las tres y cuarenta y dos de la mañana. La dimensión en la que estás ahora quedó doblada y ahí las cosas no pasan. Acá ningún movimiento puede completarse, pensás, pero de repente alguien toca el timbre. El ruido llega lento, como si cruzara un mar de madera, y tardás en darte cuenta: alguien toca el timbre. Ahora sí tenés que entrar. Cerrás la puerta del balcón y a través del vidrio la luna sigue tan blanca como hasta hace un minuto. Ahora no la mirás más. Estás adentro y alguien tocó el timbre. Las luces no las prendés.

No hay ninguna forma de rojo. No hay siluetas rojas.

Caminás por un pasillo que es demasiado largo para tener lugar en el espacio tan chico de tu departamento. Igual existe este pasillo, pensás, y vas dando pasos. Caminás, vas a tu cocina. Habían anunciado una luna roja que no ocurre y los pasos te salen como en el espacio. Llegás a la cocina y levantás la vista. No querés ver.

No hay siluetas rojas ahí. No hay tonos de rojo ni ninguna luz en la cocina.

Hay una figura que se ilumina por su propia iridiscencia. Es el hombre del pasado. ¿Hace cuánto que no lo veía?, pensás. Brilla como un holograma y está apoyado en tu heladera. Come algo, cosas que en tu heladera no hay, con una boca que en verdad no tiene. La abre y le salen dibujos de entre los dientes. No era nadie, te dice, alguien que pasó y tocó. Vos lo mirás pero no sabés con qué ojos porque los de la realidad no deberían servirte para esto.

No hay tonos de rojo, te decís a vos misma. No hay ni un rojo.

Mastica lento. Brilla y te dice cosas, pero ahora no entendés. Escuchás por separado, palabra por palabra, agua, ayer, yo, cuando, vos, pero juntas no tienen sentido. Te las vuelve a decir. Entendés el sonido de cada letra. Entendés eso nada más, pura articulación, sin el sentido. Querés acariciarle la mejilla, pero no te alcanza la longitud del brazo. Y no te podés mover.

No hay ni un rojo y él fosforece. No hay nada rojo.

El hombre del pasado te mira con ojos que adentro tienen aire. De nuevo te dice palabras, pero vos volvéis a desagregarlas en miniaturas de sonidos, v, o, s, y, o. Te alejás por el pasillo caminando para atrás. Escuchás formaciones de lenguaje que van quedando lejos. A, g, u, a. Un pie atrás del otro atrás del primero a lo largo del pasillo. Querés dormir y pensás en la cama y en tu habitación. Pero no sabés si ahí donde estás vas a poder dormir.

No hay nada rojo. No hay luna roja.

Ninguna geometría admite el rojo. Ni azul ni verde ni amarillo. La geometría es solo del blanco y del negro. Ni gris, ni marrón, ni lila. Parás de tachar colores. Blanco y negro. Nada más que blanco o negro. ¿O no?, pensás, y el pasillo se terminó. Querés ver de nuevo si lo que anunciaron en las revistas termina de ocurrir.

No hay luna roja pero vos querés verla.  
No hay luna blanca.

Abrís la puerta y salís al balcón. Es de noche y parece que los edificios se hubieran vaciado. Mirás para arriba. Hay una luna que ahora empieza a borrar su blanco. No sabés si es la misma de antes o si alguien la cambió mientras no estabas. Mirás para abajo. Las plantas, cuando está oscuro, no son ni verdes ni de ningún otro color.

No hay luna blanca ahora. No hay cosas blancas en el mundo.

Pensás en el pasillo y en la cocina y en el hombre del pasado proyectado ahí, en el brillo. Pensás en lo que te dijo. No era nadie, alguien que pasó y tocó: y después de eso no entendiste ninguna otra línea segura. Sobre la luna empieza a avanzar un arco menor, más oscuro, que te parece rojo. Abajo las plantas parecen una sola, hoja tras hoja el mismo color que no existe. Mirás para arriba.

El arco pequeño de la luna ahora puede decirse que es rojo porque no hay cosas blancas en este mundo. Ni un matiz de blanco.

Acariciás una hoja. Parece que te deja algo en la mano, una sustancia tan suave que casi no se siente. Te mirás. No ves nada pero en las yemas de los dedos sentís una superficie muy fina, como una crema casi toda de agua. Esto existe, pensás, y pensás también en tu cama y en el hombre del pasado. Mirás para adentro a través del vidrio, pero de la cocina no sale ningún rayo. En el cielo, el arco de color avanza sobre la luna. Esto pasa, pensás.

Ni un matiz de blanco. Ni blanco sobre blanco en ningún tono.

Decidís que vas a entrar. Mirás de nuevo la luna. El rojo se mueve sobre el blanco y ahora lo que dijeron en las revistas es de verdad. Cerrás la puerta de vidrio del balcón detrás tuyo. El pasillo es demasiado largo, pensás, y vas caminando. Contás los pasos. Son más de diez, pero te olvidás el número. La cocina sigue oscura. El hombre del pasado ya no está. No brilla más.

La heladera quedó abierta y sale un reflejo amarillo casi invisible, sin ningún tono de blanco sobre blanco. No va a existir más el blanco.

Cerrás la heladera y prendés la luz. Repasás la mesada. Hay migas, y las juntás y las tirás a la basura. Escuchás sonidos en tu habitación. Son los mismos de antes, palabras envueltas, burbujas, o cosas que crujen, v, o, s, y, o. Apagás la luz y caminás por el pasillo. Abrís la puerta de tu habitación. No hay nadie, pero un cajón del placard está abierto. Lo ves desde lejos, como un planeta muy distante, de otro sistema solar.

No va a existir más el blanco. Ni un blanco más.

Te acercás. El cajón está casi vacío. Lo único que hay ahí es un par de medias. Esas medias no son mías, te decís. Son azules, están deshechas en los talones y son del hombre del pasado. Pero él no está. O ahora no lo ves. O brilla en otra secuencia. Mirás el cajón de abajo: está lleno de tus propias cosas, las que antes estaban en el de arriba. Cerrás todo y salís de tu habitación sin mirar.

Atrás no queda ni un blanco más. Nunca el blanco.

Recorrés todo el departamento. No ves nada que brille en ningún lado. No hay sonidos, ni oraciones que no entiendas, nadie que te llame. Quedó solo una dimensión, y nada más. Van y vienen, las cosas, pensás. Laten en el espacio. Y lo pensás así pero también lo podrías pensar de otra manera. Respirás hondo y salís al balcón. La luna está toda roja, entera. Mirás las plantas y te parece que reflejan el color, cada una con sus hojas ahora, sin mezclarse. En un edificio alguien prende una luz. Arriba, mucho más arriba, ves la esfera roja.

La luna, pensás, nunca fue del todo blanca.

Cuento incluido en *Los límites del control*, Buenos Aires, Alto Pogo, diciembre de 2017.

## Caja negra

Los aviones que desaparecen tienen una cualidad ontológica diferente. Algunos están hechos de átomos con uniones moleculares más débiles. Otros, de elementos químicos todavía no descubiertos. En todo caso, tienen otra densidad y otro nivel de visibilidad. Cuando vuelven a aparecer, en el fondo del mar o en una montaña nevada, su ontología cambia de nuevo: vuelve a la firmeza, a lo concreto, y llega a ser casi igual que antes.

Las personas que viajan en los aviones que desaparecen a veces se preguntan qué va a pasar con sus células cuando el avión en el que viajan termine de desaparecer. Las azafatas les responden que todo va a estar bien, que sus células y sus moléculas no van a sufrir cambios, que en la cabina de mandos todo está en orden. Cuando los aviones que desaparecen vuelven a aparecer, las personas que viajan en sus asientos se preguntan de nuevo qué va a pasar con sus células, ahora que han vuelto a la visibilidad. Las azafatas no les responden y formulan la misma pregunta acerca de sus brazos. Los pilotos no llegan a decir nada aunque tienen la boca abierta.

En el momento en que desaparecen los aviones que desaparecen, se escucha en el aire un sonido hondo. Es el chirrido de las uniones moleculares que se van aflojando. Cuando el ojo humano deja de detectar los aviones que desaparecen, las retinas pasan a estar menos cargadas y el nivel de saturación visual desciende en el mundo entero. El avión que desaparece deja de ser visto cuando los globos oculares de sus pasajeros se ponen blancos y giran hacia adentro. Las pupilas de los pasajeros que viajan en los aviones que desaparecen

no se parecen a nada conocido y no miran nada. Los ojos de las azafatas se vuelven opacos y dejan de pestañear cuando el avión que desaparece desaparece.

En el aire se recorta un hueco y el avión que desaparece pasa de estar a no estar, de repente. O al menos eso es lo que al avión que desaparece parece ocurrirle. Los músculos de los pilotos se aflojan cuando desaparece su avión que desaparece. Las caras se les difuminan y la piel se les estira. Dejan de tener facciones, el piloto y el copiloto del avión que desaparece. No llegan, en ese momento mismo, a levantar el transmisor e informar a los pasajeros. En el momento mismo en que el avión que desaparece desaparece, los sonidos se anulan en la cabina y se oye, como último rebote, algo chiquito que explota. Son las conexiones sinápticas que van diluyéndose.

Después de que el avión que desaparece haya desaparecido, los pilotos vuelven a tener algo que parece una cara. Se diría que es casi la misma cara, salvo por dos detalles. Los ojos están cerrados, inmóviles. Y sus cuellos miden tres centímetros más que antes. La ventanilla frontal está en blanco y los controles no titilan con ningún color. Mientras el avión que desaparece permanece desaparecido, los pasajeros miran con sus ojos blancos el blanco a través de las ventanillas y no dicen nada. Cuando constatan el blanco del entorno, los ojos de los pasajeros vuelven a girar hacia adentro. Las azafatas del avión que desaparece se quedan paradas con los brazos extendidos hacia adelante. Señalan los puntos de salida con manos flojas. Mientras dura el momento en que el avión que desaparece queda desaparecido, las pupilas opacas de las azafatas se mantienen fijas, derechas.

Cuando el avión que desapareció vuelve a aparecer, en el fondo del mar, los pilotos hacen el anuncio. Los sonidos se escuchan de nuevo, aunque más lentos. Las palabras salen de la boca del piloto, entran al micrófono, pasan por cables, llegan a los parlantes y después a los oídos de los pasajeros. La información de que el avión que desapareció ha vuelto a aparecer les llega a los que viajan en el avión que desaparece. Los pilotos vuelven a su tono muscular de siempre y la ventanilla frontal se vuelve rosada. El piloto gira la cabeza y su cuello va descendiendo a su medida original. Le sonrío el piloto al copiloto y los comandos titilan en azul.

En el momento en que las frases del piloto llegan a los oídos de los pasajeros, las azafatas del avión que desapareció y volvió a aparecer bajan la vista y los brazos se les caen. Las salidas de emergencia quedan sin señalar. Las pupilas se les vuelven transparentes y la pose corporal se les afloja. Mientras el avión que desapareció vuelve a aparecer, los pasajeros registran cómo en las ventanillas el blanco se vuelve rosado, y los globos oculares les giran hacia el frente. A los pasajeros les llega la información por los parlantes y los ojos les vuelven a tender al color de siempre, aunque quedan unos tonos más claros. Los pasajeros del avión que desapareció y volvió a aparecer, en una montaña nevada, abren las bocas y distienden los labios. Miran a las azafatas, que caminan para atrás, retrocediendo de a poco hacia la cabina. Las miran y ven que tienen los nudillos flojos y las rodillas semiflexionadas. Las azafatas llegan a tocar la puerta de la cabina con la espalda cuando las mandíbulas de los pasajeros terminan de ablandarse.

Cuento incluido en la antología *La frontera durante*, Buenos Aires, Ediciones Outsider, 2015.

## 484mm<sup>3</sup>

Siempre le había tenido miedo a la escalera, aunque solo llegó a notarlo cuando dio con su cabeza contra el tercer escalón, una tarde de ángulos filosos que le hizo perder el monto exacto de sangre que tres años después iba a necesitar y no iba a tener.

En el momento en que su frente se encontró con el borde de mármol acerado, la inquietud vacía que iría a sentir tres años más tarde se sentenció por completo. Los siguientes treinta y seis meses se aceleraron y ocurrieron acumulados al mismo tiempo, justo en el instante del choque frontal, como si algo los hubiera convocado a acontecer en la tarde del cuatro de febrero, a las cinco y veintidós. Algo, quizás una alucinación ensangrentada en la cabeza del hombre que, en ese momento, se encontraba dejando su marca sobre la superficie afilada e imperturbable de mármol. Las pestañas no pudieron defender a los lagrimales del alto contenido de sal sanguínea; lagrimales que, entonces, ardieron.

La alucinación teatralizada en el cerebro que se estaba cortando consistía en la presunción de que no quedaría nada luego del choque con el escalón. Más que de una fantasía, se trataba de un miedo en imágenes, de un terror como pantalla, y el dolor empezaba ya a proyectarse sobre el troquelado diagonal signado en la frente desde esa tarde.

Cuando un monto de sangre perdida es exacto, no se recupera nunca. Resulta imposible rellenar la cápsula vacía que recorrerá las venas por siempre, como una burbuja en un vaso dado vuelta, como una exhalación de aire en una pileta tapiada.

La cantidad de la tarde del cuatro de febrero había sido demasiado exacta como para intentar siquiera reponerla con transfusiones. En el quirófano se limitaron a sanar la herida, procedimiento que no consistió más que en agua oxigenada, aguja e hilo quirúrgico. No se ocuparon de sonrosar la tez empalidecida, ni de devolver alguna gota de color al pecho, ni de texturar la piel que rodeaba los gestos. Dijeron que sería imposible, que el monto perdido había sido meticuloso, que nunca podrían calcularlo para saciar la pérdida.

La precisión era lo que definía a la sangre perdida y lo que iba a definir al paciente cuando, tres años más tarde, al intentar rastrear la causa de un malestar sin sentido, se encontrara con una carencia milimétrica que parecía eterna, aunque había sido adquirida en el tercer escalón de una escalera de mármol.

Cuento incluido en *Protocolos naturales*, Buenos Aires, Metalúcida, 2014.